

Fernando Díaz-Plaja

**OTRA
HISTORIA
DE ESPAÑA**



Según palabras del propio autor: «He querido relatar lo que hasta hoy ha ocurrido en este país aplicando la lógica y cierto sentido común a las hazañas, más o menos gloriosas, de nuestros antepasados. En este aspecto, creo que este relato se parece poco a las historias al uso, aunque nazca en las mismas fuentes. En todo proceso histórico hay picos y valles. Este libro atiende a los puntos culminantes».

A Mario Lacruz.
Porque creyó en esta obra antes que el propio au-
tor

NOTA A MODO DE PRÓLOGO

El adjetivo «otra» tiene aquí un doble significado. Por el primero, alude a que esta historia es una más en la larga re-tahíla que, durante siglos, han intentado explicarnos nuestro pasado.

En su segunda acepción «otra» equivale a diferente. He querido relatar lo que hasta hoy ha ocurrido en este país aplicando cierta lógica, y hasta me atrevería a decir, cierto sentido común, a las hazañas de nuestros antepasados. En este aspecto, creo que este relato se parece poco a las historias al uso aunque nazca de las mismas fuentes..., quizás analizadas aquí de forma diversa.

En todo proceso histórico, como en toda vida, hay puntos culminantes y hondonadas de menor importancia. Este libro atiende más a los primeros, dando por sabidos muchos detalles de reyes, batallas, paces, guerras y matrimonios. En este aspecto esta obra no es un «Manual» porque presupone en los lectores un conocimiento previo, en líneas generales, de lo que ha sucedido en España desde los primeros tiempos..., conocimiento que intento, si no corregir, al menos matizar.

CUANDO ESPAÑA «NO ERA DIFERENTE...»

Hay, decía un profesor amigo, dos períodos históricos que me encanta estudiar. Uno es la historia contemporánea, la reciente. El otro, el mundo prehistórico. La razón de ese gusto ambivalente es que, en ambos casos, se puede uno permitir el lujo de soltar la imaginación en busca de la verdad, porque lo que ocurrió no está nada claro. En un caso, porque no hay documentos. En otro, porque hay demasiados y, muchas veces, resultan contradictorios.

La verdad es que la escasez de textos no ha enfriado en absoluto el entusiasmo de los prehistoriadores a los que ha bastado un trozo de sílex para descubrir, con lujo de detalles, la situación social, política y religiosa de nuestros antepasados. Y así resulta que los hombres llevaban grandes clavas, las mujeres, largas cabelleras y el romance entre ambos consistía en asestarle un golpe en la cabeza y arrastrarla —ella con una curiosa sonrisa masoquista— hacia su cueva. Los caricaturistas de todos los países no dejan nunca de presentar esos detalles, pero su exageración está basada en lo que venerables sabios les han contado. Esos venerables sabios, insisto, son los más imaginativos de todos los científicos del mundo, porque basan sus especulaciones en unos objetos casi siempre en pésimo estado de conservación —media mandíbula, un trozo de flecha, lo que *podría* haber sido una flecha, la pintura de una pared.

Las pinturas están en muchas zonas de la prehistoria española, y ningún niño español se ha escapado de contem-

plar y admirar obligatoriamente el bisonte de Altamira, seguido, muy a distancia en cuanto a atención, por las de Parpalló en Valencia y otros puntos de la costa mediterránea. La reproducción de animales, indican los expertos, se debe a un concepto mágico. Los cazadores en ciernes, al dibujar un ciervo o un bisonte, en cierto modo lo atraían, poniéndole al alcance de sus redes o sus armas. Es posible que ello fuera así y es posible también que quien pintara los animales en la cueva respondiera, simplemente, al deseo, innato al hombre, de reproducir lo que le rodea.

Porque si aplicáramos esta teoría materialista a todo el arte, podría asegurarse también que Rubens, al trazar a una de sus rubicundas y redundantes mujeres, intentaba el primer paso en el camino de su posesión.

Los prehistoriadores se apoyan en bases más sólidas cuando aprovechan algunas islas de civilización antigua que, parecen, dejadas adrede para darnos pistas que ayuden a comprender nuestro pasado. Así, la Prehistoria está viva en nuestro tiempo en algunas tribus de pigmeos africanos y, más puramente todavía, entre los bosquimanos de Australia y los indígenas de Nueva Guinea, todavía en pleno período de la Piedra. Pero, aun así, la deducción es válida sólo hasta cierto punto, porque el primitivismo de un lado de la tierra pudo haber sido distinto de otro.

Paleolítico superior, Paleolítico inferior. Los hombres viven en chozas cuando la temperatura lo permite, en cuevas cuando hace frío. El hombre es cazador nato. Mata al animal que cae cerca, usando de una piedra que ha afilado frotándola con otra; luego descubre que puede hacerse algo mortífero con el mismo hueso del animal que ha derribado. He aquí una punta ósea al extremo de una varilla. He aquí un junco que puede doblarse sin romperse. Acaba de nacer el arco que produciría pasmo al principio. El arma definitiva. No hay posibilidad de seguir con esa carrera de armamentos...

La España de entonces no es diferente. El paso del cazador en lo que es hoy Asturias o Alicante no es distinto del que vive en lo que hoy se denomina Lyon o Hamburgo con mayor o menor frío, y, por tanto, con más o menos mamuts según los hielos invadieran la península.

España es un país de tránsito, incluso desde los comienzos. Nos hablan los especialistas de iberos llegados del Sur, de los celtas procedentes del Norte. Es la primera invasión de las muchas que ha de sufrir el país a lo largo de su accidentada historia. Tras muchas luchas llegan a la fusión. Son los celtíberos, oficialmente, nuestros primeros padres en la historia patria de los cuales sabemos sólo lo que quisieron contarnos los primeros seres civilizados llegados a la que, entonces, no tenía ni nombre. Diodoro de Sicilia reconoce en ellos dos curiosas cualidades. Una, mala, la de la crueldad; otra, buena, la de la hospitalidad. «Todos quieren dar albergue a los forasteros que van a su país».

Estrabón añadirá otro dato, y ya casi tenemos al español de hoy. Esta tercera cualidad se llama «orgullo local que no les permitía unirse en un lazo común, todo lo cual les privaba de fuerza para repeler las agresiones venidas de fuera». Sólo así puede comprenderse la facilidad con que los forasteros se pasean por aquella España, utilizándola para sus empresas comerciales —griegos, fenicios—, para sus empresas guerrero-comerciales —cartagineses, romanos—. Cada ciudad se defiende como puede, y si busca el apoyo de otra ha de ser con la condición de que ésta la siga y la obedezca en todo. Así, el enemigo militarmente fuerte, el Aníbal, el Escipión, no tiene más que ir tomando ciudad tras ciudad, advirtiendo que cada una lucha por sí, ya que ninguna otra quiere prestarle ayuda.

Junto a la oscura historia de iberos y celtas hay una luminosa tradición. El desconocimiento que tenemos de los tartesios es parecido al que tenemos de los celtas e iberos, pero la leyenda aquí es mucho más bella, con ingredientes capaces de interesar tanto al novelista como al historiador.

Empezando por el origen..., ¿de dónde vinieron? Del Norte los celtas, del Sur los iberos..., ¿del Este los tartesios?

Y la ciudad, ¿dónde está? Schulten quiso ser el Schliemann de esa nueva Troya española, y la buscó encarnizadamente junto a la desembocadura del Guadalquivir. En vano. Y si su geografía resulta misteriosa, aunque todos la sitúen vagamente en la Andalucía occidental, ¿qué decir de su historia?

Oigamos a Platón en *Critias*: «A Poseidón corresponde la isla Atlántida, y en cierto paraje de ella estableció a los hijos que había engendrado con una mujer mortal». En el Estado que siguió, y tenía gran extensión y riqueza, regían siempre normas de justicia. Los reyes que gobernaban sus distintas partes se reunían y «soltaban toros en el recinto consagrado a Poseidón y, quedándose los dos solos después de suplicar al dios que les permitiese capturar la víctima que le pareciera más grata, sin armas de hierro, le daban caza con garrotes y lazos». Es la primera alusión al juego eterno del español y la bestia encornada.

Otros cuentan así el milagro que está en la base de la mayoría de las civilizaciones. Un rey, Gargoris, fue el primero en recoger la miel. Lo cuenta, con asombrosa admiración, Justino en su *Epitoma Historiarum Philippi varum*, 44, 4.

Después de esa prueba de talento, tuvo de su hija un hijo-nieto y, avergonzado, quiso matarlo. El historiador dice cómo, buscando el camino más largo y difícil, el padre-abuelo lo dejó expuesto en el bosque, pero allí le alimentaron la leche de varias fieras. Lo llevó a un corral con perros hambrientos. Ocurrió lo mismo. Le echó al mar; el océano le trató con la misma amabilidad y, llevado a tierra, fue amamantado —ya se había hecho a la costumbre— por una cierva. Crecido en la selva, con la agilidad lógica con tal nodriza y hermanos de leche, la noticia de su presencia circuló por todo el país, hasta que, cazado a lazo, fue ofrecido al

rey, que le reconoció y, convencido de que era indestructible, le nombró sucesor al trono. Cuando llegó a gobernar, se mostró tan listo como su padre, y como ya se había descubierto lo de la miel, «él imaginó el primero uncir los bueyes al arado y buscar el trigo en el surco». El historiador Justino acaba diciendo que, a primera vista, esas aventuras parecerían fabulosas, pero «que no lo son si se tiene en cuenta que también Rómulo y Remo fueron criados por una loba». Pero si los orígenes son oscuros, parece claro el resultado. Tarteso es rica en oro, y en plata y en fama. La Biblia, libro que da un marchamo de autoridad a todo lo que menciona, habla del comercio de los pueblos hebreos con esa salida del Mediterráneo. Y al calor del negocio llegaron representantes del pueblo que tenía que pasar a la Historia como símbolo del comercio: los fenicios, que acabaron con el fabuloso imperio —visto y no visto— de los tartesios.

LOS PRIMEROS HUÉSPEDES

Los fenicios tenían unos como hermanos menores, que se habían instalado en la costa norte de África y que añadían al interés comercial una mayor ferocidad guerrera. En combinación de ambas actividades, destruyen a Tarteso y cierran la salida del Mediterráneo a naves de otros pueblos. Los griegos y los fenicios se contentaban con ocupar el puerto, la factoría que sirviera de punto de apoyo —una cabeza de puente, diríamos hoy— para su comercio. Gades-Cádiz, Emporion-Ampurias servían al mismo tiempo de escaparate de las mercancías que de fuera entraban, y de puerta de salida para las que querían exportar hacia otros puertos del Mediterráneo. Fenicios y griegos, especialmente estos últimos, querían tener las espaldas bien guardadas por ese mar en el cual se sentían a sus anchas. Ni fenicios ni griegos intentaron penetrar en el país que reputaban hostil. Les bastaba con quedarse en sus umbrales.

Cartago, en cambio, soñaba con un imperio que dominase todo ese Mediterráneo occidental, donde ya estaba empezando a desperezarse un gigante llamado Roma. Con el gusto por la frase histórica que era típica del libro de texto de mi tiempo, nos contaron que Aníbal, a los nueve años, a la edad en que otros niños juegan, juró «odio eterno a los romanos». Lo que realmente es difícil de olvidar para un espíritu impresionable.

La historia de los cartagineses la sabemos por los romanos. Cuando el vencedor escribe la historia del vencido le trata con admiración para que se vea lo tremendo de la hazaña realizada al dominarle y, al mismo tiempo, con cierto

despego. Los jefes cartagineses dice, por ejemplo, Polibio (*Historia romana*, 9), estaban en desunión «por la ambición y la avaricia innatas en los cartagineses». Si la historia de una Roma vencida la hubiera escrito un cartaginés, podía haber dicho lo mismo de los romanos y, probablemente, con las mismas razones.

La verdad es que el más osado de los cartagineses, Aníbal, como su padre Amílcar o su tío Asdrúbal, llevó a cabo la misma campaña que iba a ser la de los cónsules romanos, es decir, una política mixta de habilidad y de fuerza. Cuando había que tratar, se hacían promesas y se tomaban rehenes para asegurarlas; cuando había que atacar, se hacía sin piedad, ejecutando a los jefes y desterrando a los supervivientes.

El recuerdo de Aníbal está unido a una ciudad en la costa levantina, Sagunto, nombre que se ha dado en proclamar como símbolo de la resistencia hispana al invasor. La realidad es un poco distinta, probablemente; Sagunto era aliada de otra potencia extranjera, Roma, y, por otro lado, entre los que la sitiaban al mando de Aníbal había muchos de los que todavía no sabían que eran sus compatriotas. (Honderos baleares y caballería que luego llevó, a través de los Alpes, hasta Italia). Sagunto no se resistió a Aníbal porque se sentía hispánica ante un extranjero, sino porque había decidido tener otros amigos. Iniciando una serie de resistencias que alcanzará a Oviedo y Madrid durante la guerra civil, Sagunto se niega a entregarse a pesar de la superioridad numérica y de material bélico de que hace gala el caudillo cartaginés. Y cuando éste ofrece a los sitiados que salgan a edificar una nueva ciudad tras entregar la que tienen, sus armas y sus riquezas, la reacción es la que nos cuenta Tito Livio:

Como la multitud se había aglomerado mezclando el Senado con el pueblo, los principales ciudadanos

trayendo al foro la plata y oro tanto del tesoro público como del particular, lo arrojaron a una hoguera rápidamente encendida y la mayor parte de ellos se precipitaron entre las llamas.

Aníbal sigue su marcha hacia Roma. Cuando fracase, lo que conseguirá será traer Roma a España. Porque los imperios acostumbran a iniciarse cuando la defensa de un país supera los límites del territorio, y ya no se contenta con detener el peligro enemigo, sino que va a buscarle en su cuna para que no pueda siquiera iniciar el ataque. Los romanos vinieron a España a cortar la retirada de Aníbal, tomaron su base, Cartagonova (Cartagena) y, tras terminar con la amenaza, se sintieron obligados a permanecer en el país. Al fin y al cabo se trataba de pueblos bárbaros que no conocían la civilización ni la cultura. Era no sólo un derecho, sino el deber de Roma enseñarles ambas. Los países imperialistas han sentido siempre la obligación de compartir con los demás sus propias ventajas.

Las empresas bélicas que han oído los españoles de niños como las primeras que sus antepasados llevaron a cabo, tienen todas nombres propios. Cuando Atenas, Cartago, Roma eran ya Ciudades-Estado, la España, que así empezaba a denominarse, era un semillero de luchas entre segedanos, lusitanos, arévacos, belos, suesetanos, cántabros, astures, etc., etc., etcétera. Aníbal se llamaba simplemente así, pero combatía por un país, por un Estado organizado como hacía Escipión. Cuando Indíbil, Mandonio, cuando Viriato se levantaba contra ellos, lo hacía en nombre de una tribu a la que podía unirse temporalmente otra, pero siempre con recelo y dispuesta a volver a sus propios lares en cuanto no les diesen la categoría que esperaban merecer. La disciplina, la entrega, se hacía a un hombre y, máxime, a una ciudad. Los españoles del tiempo no veían más allá de sus valles, de sus montañas, de su jefe nato. «Éste —dice

asombrado Plutarco al tratar de Sertorio en sus *Vidas paralelas*— tiene un grupo de fieles llamados «soldurios» y que consagran sus vidas a la de su jefe, muriendo cuando él muere. La fórmula es personal, directa, precisa. No se alude a una entidad vaga o lejana, la Patria, el Estado, sino a un hombre concreto y determinado. «No se ha encontrado memoria de alguien que, muerto aquel a cuya memoria se consagró, se niegue a morir», añade Julio César en sus *Guerras de las Galias*.

La reluctancia a federarse, a unirse, la fidelidad a su propia tierra, al terruño familiar donde están los suyos, es fatal para los grandes conceptos políticos, para la ambición y para la ofensiva. Así, cartagineses y romanos dispusieron fácilmente de los torpes intentos de los caudillos celtíberos para defender amplios territorios y combatir a los invasores. Pero esa misma fragmentación de voluntades, esa dispersión de ideas, tuvo, en cambio, un increíble valor en la defensiva. A Escipión le bastó la batalla de Zama para que se le entregara toda Cartago, como le había bastado cualquiera realizada contra reyes asiáticos para que sus pueblos cediesen a quien había vencido al mejor y más respetado de entre ellos. La España del tiempo, incapaz de vencer porque no tenía unidad, se defendía encarnizadamente, ciudad a ciudad, precisamente por lo mismo.

En el año 143 antes de Jesucristo hay, en España una fuerza móvil que ataca a los romanos cuando se siente más fuerte y se dispersa cuando es atacada a su vez por más tropas para contraatacar en otro punto. Son los hombres de Viriato. Ha nacido el guerrillero, el de la guerra chica o guerrilla, el hombre que encuentra la guerra grande demasiado complicada y demasiado disciplinada para su espíritu independiente y altanero. Viriato es el primero de una larga serie de españoles que están convencidos de que nadie puede gobernar mejor de lo que ellos gobiernan, de los que admiten que sería muy beneficioso unirse para combatir

mejor al enemigo..., siempre que ellos fuesen los únicos en mandar. Y como eso se les ocurre a todos...

Hay, por otro lado, más al Norte, una fuerza estática que tiene como base Numancia, la ciudad junto a Soria, en la que otros indígenas se refugian cuando se ven dominados por la estrategia romana y de la que surgen de nuevo cuando los romanos tienen que atender a otros frentes. Si hubiese habido unión entre ambas fuerzas, las posibilidades de Roma hubieran sido escasas, pero esa posibilidad es mínima. ¿Por qué va a aceptar la Numancia de los arévacos lo que sugiere Viriato el lusitano? Y al contrario.

Del particularismo, del individualismo ibérico saca partido Roma, como lo sacarán otros países extranjeros y déspotas nacionales. Viriato cae por su lado, Numancia por el otro, con el necesario desfase de años para que una acción pueda terminarse antes de iniciar la siguiente.

Roma vence en Iberia por su estrategia moderna y por sus legiones, que saben fortificarse además de combatir. Los soldados romanos llevan todos una pala o un pico, y el terreno que conquistan es preparado antes de dormir para que, la misma noche, ya no pueda ser sorprendido por los enemigos. Allí adonde llegan, quedan. El hispánico vence y luego se retira. La estabilidad es la esencia de la conquista romana, y el ataque en tromba y desordenado no le va a la hábil maniobra de sus legionarios. Tanto es así que cuando Numancia ofrece al enemigo la dificultad de sus murallas bien defendidas, Escipión Emiliano las rodea de otras paralelas, con vigías colocados a cada cien metros que den la alarma, con palos erizados o clavos bajo el agua para estorbar a los nadadores furtivos. Roma se convierte así de asediador en asediado, dejando a los numantinos en la necesidad de ser ellos quienes ataquen y pierdan sus mejores hombres en el ataque..., o perezcan de hambre.

Cuenta Apiano (*Las guerras ibéricas*) al hablar de la rendición de Numancia:

> De los habitantes de Numancia, la mayor parte se dieron la muerte a sí mismos de mil modos distintos, y los demás, a los tres días salieron para el lugar que se les había destinado, ofreciendo un espectáculo horrible y extraño, con sus cuerpos escuálidos, sucios y desgreñados, malolientes, con las uñas crecidas, los cabellos largos y los vestidos repugnantes. Si aparecían dignos de lástima a los enemigos con tanta miseria, les infundían pavor por llevar impresos en su cara la cólera, el dolor y la fatiga.

Fueron luego los cántabros y astures, entre los cuales las madres mataban a sus hijos para que no cayeran en manos de los invasores. Una familia atada al suplicio dijo a un niño de corta edad que los matara, y éste lo hizo con un puñal que robó. Los cronistas romanos cuentan admirados que, incluso estando en la cruz, «aquellos bárbaros entonaban cantos guerreros».

Leyendo la conquista y colonización de España por los romanos parece estar leyéndose la de América por los españoles. En ambos casos, la misma seguridad de estar con la razón, de llevar la civilización y la religión auténtica a pueblos primitivos y salvajes. Lo mismo se asombra de las costumbres indígenas Estrabón que Bernal Díaz del Castillo. Y la forma para conseguir vencerlos está en la misma línea; en ambos casos se aprovecha la superioridad intelectual para conseguir el engaño y la superioridad militar para acabar con la resistencia armada. Por ejemplo: los celtíberos de Segeda, en Belos, quieren construir una muralla. El Senado romano se lo prohíbe y les advierte que tiene que pagar unos tributos. Esos tributos estaban condonados por Graco, protestan los celtíberos. «Y así era en efecto —advierte Apiano Alejandrino—, pero cuando el Senado concede un favor así añade siempre: Estará en vigor en tanto que así plazca al Senado y al pueblo romano». Con lo que los